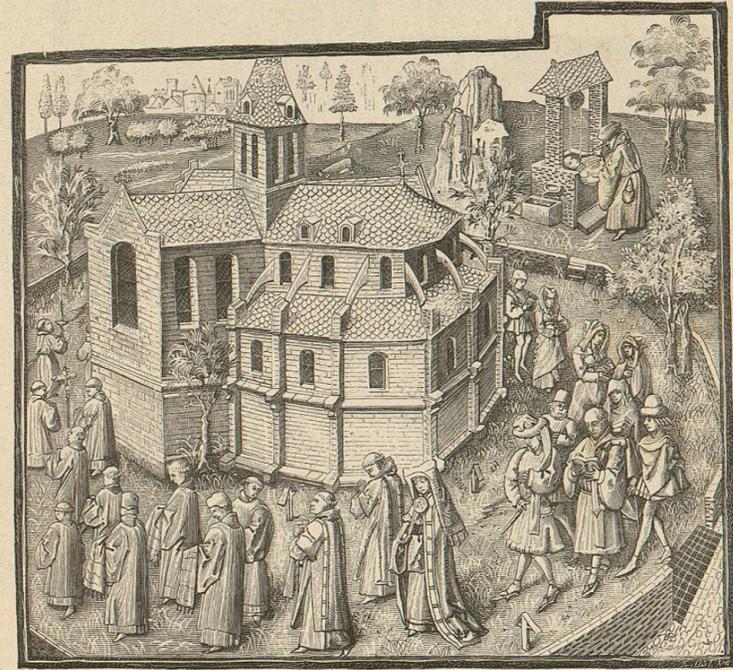


que hasta entonces habian tenido mayor influencia fueron despedidos y eliminados; los que mas enemistad al Delfin habian mostrado fueron castigados con prision, destierro y confiscacion de bienes; las injusticias cometidas por Carlos, por consejo y á instigacion de aquellos hombres, fueron resarcidas del mejor modo posible, como la cometida en la persona del duque de Alençon, que fué repuesto en su posicion anterior, y la de que fué víctima Jacobo Coeur, el comerciante de Bourges, cuya causa fué revisada y á cuya familia fueron devueltos los bienes confiscados. El indolente Carlos VII habia pasado su tiempo en sus palacios encena-

gado en los placeres, dejando el gobierno en manos de lugartenientes y gobernadores que gradualmente habian llegado á ser poco menos que independientes; pero su hijo y sucesor, acompañado de pocas personas, recorrió como cualquier viajero particular el país, para enterarse por sus propios ojos de su estado y de las necesidades de cada comarca en particular. Era muy aficionado á entablar, disfrazado de hombre del pueblo ó de la clase media, conversacion con cualquiera, tanto para saber lo que sus súbditos pensaban y hacian, con el laudable fin de atender á sus necesidades y quejas fundadas, como para satisfacer su afición á los cami-



Escenas de la vida francesa durante el siglo xv.

3. Procesion al rededor de una iglesia (*Miracles de Nostre Dame*, de Juan Mielot).

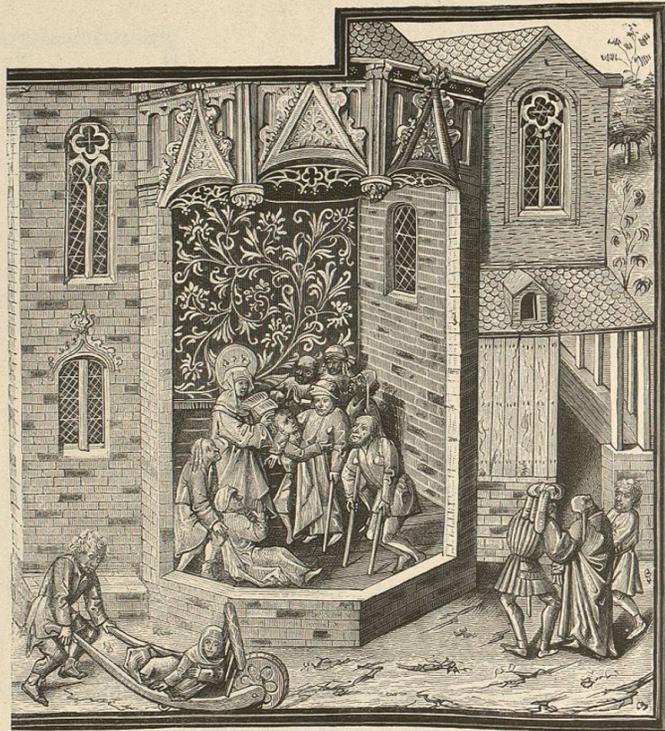
nos tortuosos y ocultos, y al espionaje, ya que su suspicacia le hacía ver en todas partes falsedad y egoísmo. Era para Luis XI una especie de diversion y recreo ser mas astuto que todos los demás y sorprenderlos en su día con el descubrimiento de sus pensamientos, obras y proyectos mas ocultos. Antes de entrar como soberano en una ciudad, entraba á menudo ocultamente vestido de particular y se mezclaba entre la gente mientras se hacian los preparativos para su recibimiento solemne, y llegó á saber así cosas que los grandes y sus funcionarios habian procurado ocultarle. Este hombre tan prosaico, suspicaz y sutil, era no obstante hijo de su época; pagaba como todo el mundo su tributo á la ignorancia y la supersticion, pues tan firmemente creía por ejemplo en los cálculos de los astrólogos que hacia consultar continuamente á los astros para saber lo futuro, estando como estaba temiendo siempre que algun enemigo mas astuto que él le diera que sentir. Tambien era devoto material y supersticioso como el rústico mas ignorante de su época, y como la misma Iglesia lo enseñaba con su manera de prometer y conceder sus beneficios espirituales, es decir, en

cambio de donativos á iglesias y conventos, altares y santos. El Dios y los santos de Luis XI eran copiados de los hombres como este rey los conocia, dominados por la codicia, pues que solo daban para recibir ó en cambio de lo que habian recibido. Conforme á esta manera de figurarse á Dios y á los santos, trataba Luis XI de estar bien con ellos y tenerlos siempre propicios con acciones de gracias, súplicas, actos de veneracion y donativos. Llevaba guarnecido el sombrero de pequeñas imágenes de santos hechas de plomo, y las besaba devotamente quitándose el sombrero á cualquiera noticia que recibia. Tenia esta devocion en este rey, tenebroso y disimulado, mucho de siniestro para el pueblo, cuya imaginacion añadia á los actos del rey otros verdaderamente maravillosos, de suerte que Luis XI fué en vida un personaje ya legendario y se contaban entre otras las cosas mas horripilantes acerca de los medios que empleaba para alejar á toda persona no autorizada de las inmediaciones del castillo de Plessis-les-Tours, que solia habitar durante temporadas largas. Lo que la investigacion histórica ha demostrado como positivo es ya tan extraordinario y siniestro que resulta

perfectamente justificado el terror que al pueblo inspiraban el rey y sus sayones; pero al propio tiempo parece que el pueblo comprendía instintivamente que aquel tirano astuto y tenebroso quería el bien común, porque perseguía con tenacidad implacable ante todo á aquellas personas á quienes el pueblo odiaba por ser sus enemigos y verdugos y contra las cuales se había sublevado ya repetidas veces, aunque siempre sin resultado duradero. Por esto el pueblo francés reconoció y agradeció como merecía el móvil favorable de la política de Luis XI, á pesar de los medios singulares y á

menudo terroríficos que empleaba para alcanzar su objeto, que le valió las simpatías de las clases populares.

El gran objeto de Luis XI era aniquilar por completo el poder de los grandes vasallos, que siempre habían sido los mayores enemigos de la monarquía. Desde luego había comprendido que para alcanzarlo era indispensable empezar por la destrucción del poder de la casa ducal de Borgoña. Precaerse contra ella, socavar su poderío y preparar su desmembramiento fué el primer cuidado de la actividad incansable y múltiple de Luis XI, que puso en movimiento todas



Escenas de la vida francesa durante el siglo xv.

4. Los enfermos y los lisiados son conducidos ante la Virgen para que los cure (*Miracles de Nostre Dame*, de Juan Mielot).

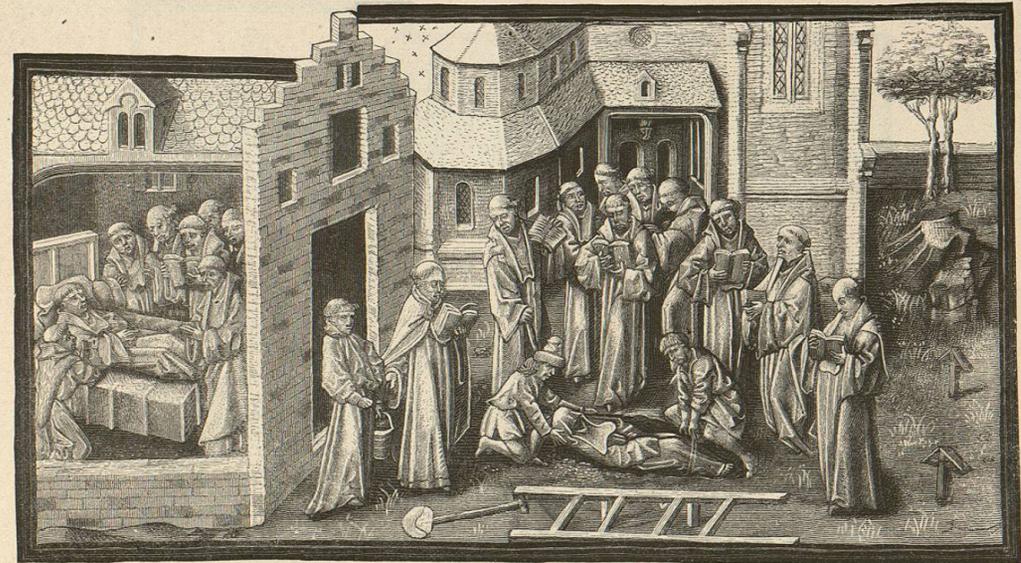
las palancas y relaciones imaginables para alcanzar este objeto primordial de su política. Por medio de negociaciones diplomáticas, explotando hábilmente las disensiones de familia de la casa ducal, y atrayéndose á los dos señores de Croy, privados omnipotentes del duque Felipe y á quienes supo hacerse propicios y emplearlos contra el heredero del ducado, logró en otoño de 1462 la restitución á la corona de las importantes ciudades del Somme á cambio del pago de la suma convenida según lo pactado en la paz de Arras. Recuperadas estas ciudades, entre las cuales figuraban las plazas fuertes de Amiens, Saint-Quentin y otras, que antes habían servido á los ingleses y borgoñones de base de operaciones contra Paris y su provincia, y cuya defensa fué confiada al conde de Nevers, enemigo del duque de Borgoña, pudo estar el rey más tranquilo sin temor de ver á la primera diferencia con el duque las huestes de Borgoña delante de Paris, y entonces, teniendo ya más libertad de acción, pudo proceder con mayor energía contra los barones franceses, que ya no podían ser auxiliados tan fácilmente como

antes por su protector natural, el duque de Borgoña. No pasó mucho tiempo sin que ocurriera una disputa entre el rey y el más poderoso é importante de estos grandes vasallos, el joven duque de Bretaña, casi soberano independiente. Luis XI le intimó que reconociera la jurisdicción del parlamento de Paris como tribunal supremo en la Bretaña y los dominios anexos; que dejara de acuñar moneda en su nombre y de usurpar el derecho del rey de confirmar á los obispos en la posesión de feudos. El duque no quiso renunciar á estos derechos soberanos ya consuetudinarios y practicados por sus antecesores, y decidió defenderlos con las armas, á cuyo fin se alió con el duque de Borgoña, que no podía olvidar la pérdida de las ciudades del río Somme, y que riñó también con el rey Luis porque había descubierto que éste tenía el proyecto atrevidísimo de apoderarse por sorpresa de Carlos, el heredero de la corona ducal. Luis XI negó que tuviese participación en la conspiración, pero no fué creído, y aquel proyecto frustrado fué motivo de la reconciliación del duque Felipe y de su hijo Carlos, y de la

caída de los dos privados, los hermanos Croy, que huyeron á la corte del rey Luis.

Apenas se supo la alianza de los dos poderosos duques de Bretaña y de Borgoña, de todas partes se ofrecieron tropas á los nuevos aliados. Luis XI por su parte hizo alianza con el duque de Milan, Francisco Esforcia, contrariando así al príncipe Carlos de Orleans, que como hijo de una Visconti pretendía el ducado de Milan y tenía el apoyo de los Anjou, porque Francisco Esforcia era aliado del gobierno aragonés en Sicilia, á cuya isla no podían los Anjou acostumbrarse á renunciar. Los Anjou, pues, y los Orleans entraron en la alianza de los dos duques de Borgoña y de Bretaña, y todos juntos entablaron negociaciones con el rey de Inglaterra

ra Eduardo IV y con la casa de York, facilitando así á Inglaterra la intervención en la nueva guerra intestina que aquellas casas poderosas se proponían encender en Francia. El rey de Inglaterra Eduardo IV, que había vencido y destronado á su débil predecesor Enrique VI, á quien tenía prisionero, estaba irritado contra Luis XI porque éste no solamente había dado hospitalidad á la enérgica esposa de Enrique VI, Margarita, hija del rey Renato de Lorena, sino que la había facilitado dinero y tropa para destronar al usurpador y restablecer en el trono á su esposo Enrique ó por lo menos á su hijo. Por esto creyó Eduardo IV conveniente asegurarse por el lado de Francia suscitando contra Luis XI enemigos poderosos en su propio país, y de ahí las relacio-



Escenas de la vida francesa durante el siglo xv

5. Fallecimiento y entierro de un monje (*Miracles de Nostre Dame*, de Juan Mielot).

nes entabladas entre él y los indicados duques y príncipes franceses rebeldes. Lo que aumentó el peligro para el rey de Francia fué que á la sombra de los grandes vasallos de la corona se alzó en armas la gran masa de los nobles territoriales pequeños y medianos, los cuales veían con creciente disgusto cómo bajo el gobierno de Luis XI la clase media prosperaba y aumentaba con bienes inmuebles su influencia. Sobre todo, estos nobles consideraban como un despojo inaudito las disposiciones del rey para proteger á la clase rural contra las iniquidades que cometían abusando de su derecho de caza. Vióse, pues, otra vez la nación francesa dividida en dos partidos: por un lado el rey, la clase media y la población rural, y por otro toda la nobleza feudal grande y pequeña. Pero en los últimos decenios se había efectuado ya un cambio y un progreso tan notables que la nobleza juzgó prudente ocultar su intención de restablecer el vetusto y bárbaro feudalismo detrás de una ficción, á fin de engañar á las clases á quienes trataban de someter de nuevo á su dominio brutal, ni más ni menos que al trono. Dieron, pues, á su agrupación formidable y extendida por todo el país el nombre de «Liga del bien público.»

La situación de Luis XI era difícil: la ventaja estaba del lado de sus enemigos, y no entrando en su carácter proce-

der con decisión y á la luz del día, prefirió evitar una ruptura y ganar tiempo. Reunió en Tours en parlamento á los grandes del reino, apelando en un discurso medio lastimero, medio amenazador, al buen corazón y al amor patrio de los grandes para que le prestaran su auxilio, sin el cual no podría cumplir sus grandes y pesados deberes de rey, que hasta entonces se había esforzado en cumplir con celo y buen éxito. Los reunidos sabían muy bien que el fin que el rey se proponía era la destrucción de los privilegios y dominación de la nobleza, pero queriendo también ganar tiempo, contestaron con generalidades asegurando su fidelidad y obediencia al trono, y entretanto trabajaron en secreto activamente á favor de su proyecto, olvidando las divisiones y rencillas entre ellos para unir todas las fuerzas contra el trono, enemigo común. Hasta los nobles ligados al rey por lazos de sangre ú otros le abandonaron. Carlos de Berry, el hermano de Luis XI, á cuyo favor su padre Carlos VII había estado á punto de cambiar el orden de sucesión, y que siempre había sido mirado por su hermano mayor con recelo, se evadió de la prisión en que Luis XI le tenía y se dirigió á Nantes, la capital de Bretaña y punto de reunión de los jefes de la conspiración, los cuales le nombraron jefe de la «Liga del bien público.» Cuando todo estuvo preparado,